



Transiciones

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA

victorae@colef.mx

¿Volverán?

En el mes de octubre inicia formalmente el proceso electoral federal que vivirá su momento culminante el primer domingo de julio de 2009. Ese día se elegirán a los 500 diputados que integraran la LXI Legislatura federal. Pero además, habrá elecciones –concurrentes– en 10 entidades del país donde se elegirán alcaldes y congresos locales, así como gobernadores en Campeche, Colima, Nuevo León, Querétaro, San Luis Potosí y Sonora. Se trata de una elección intermedia que, salvo en las entidades donde coinciden los comicios federales y locales, tradicionalmente la participación ciudadana es magra. Por ejemplo, en 2003 apenas se alcanzó un porcentaje de participación del 37%; es decir, el abstencionismo registró el 63%. Sin embargo, el promedio en las 10 entidades con ambos tipos de elecciones alcanzó el 49.6% de participación, es decir, 50.4% de abstención. Si dirigimos la mirada hacia la elección intermedia anterior (1997) encontramos que la participación fue de 54.6%, es decir, una abstención del 45.4%.

Ese 63% de abstención de 2003 ha sido el porcentaje más alto registrado en una elección federal. Si se observa la elección presidencial precedente y la posterior los contrastes son pronunciados. En 2000, la abstención fue de 36.03%; mientras que en 2006 se registró un 41.45%. Estamos hablando de una diferencia de 33% en el primer caso y de 22% en 2006, ambas

respecto a 2003. De manera que el objetivo tanto del Instituto Federal Electoral, como de los institutos locales y de los gobiernos federal y de las entidades que habrán de celebrar elecciones concurrentes es el de incentivar la participación. Una tarea nada fácil; habida cuenta del escenario en el que tendrán lugar los comicios del verano venidero.

El inicio del proceso electoral nos llega junto con una preocupante percepción ciudadana acerca de dos de las instituciones fundamentales de la democracia representativa. En una encuesta reciente aplicada por Consulta Mitofsky (febrero de 2008) donde se evalúa la confianza en las instituciones nacionales, los congresistas y los partidos políticos ocupan lugares muy bajos en la valoración ciudadana. Tanto los diputados como los senadores obtuvieron una calificación de 5.9 (en una escala de 0 al 10), seguidos de la policía (con 5.8); pero el último lugar lo ocuparon los partidos políticos con apenas un 5.5. Los datos son sumamente preocupantes y nos conducen directamente a una de las hipótesis de interpretación del fenómeno abstencionista. Los ciudadanos desconfían de dos de las instituciones básicas de toda democracia moderna: los partidos políticos y el Congreso. Con esos niveles de evaluación, difícilmente podemos esperar una afluencia importante en las urnas, menos hablar de una democracia de calidad.

Una parte importante de los gobernantes minimizan la falta de participación en las urnas, aduciendo que también en democracias consolidadas se registra una baja importante en el llamado de las

urnas y generalmente se pone el ejemplo de Estados Unidos. Sin embargo, la democracia mexicana acusa una grave fragilidad producto de un accidentado –y para muchos trunco– proceso de instauración democrática que no permite hablar con claridad de un proceso de consolidación. Para no referir a la calidad de la democracia que exige entre otras cosas la vigencia plena del Estado de Derecho. Lo que quiero decir es que la única certeza y consenso que se tenía era que la nuestra era una democracia electoral. Sin embargo, si los ciudadanos se alejan de las urnas y desdeñan a los partidos políticos se pone en riesgo ese pilar básico de la democracia que es la representación. En ese contexto, el discurso de la ciudadanización encuentra fácil acomodo y se construye una falsa antinomia: Partidos políticos contra ciudadanía.

La consolidación democrática requiere la participación informada de los ciudadanos y un sistema fuerte de partidos políticos. Ninguna de esas condiciones está presente en nuestro país. Los partidos políticos se encuentran enfrascados en una guerra interna que deteriora su imagen frente a los ciudadanos. La información parcial de los medios electrónicos tampoco contribuye a la formación de un compromiso cívico. Todos los actores políticos deberán de llevar a cabo una autocrítica seria y asumir compromisos públicos si desean que las urnas no luzcan vacías y se ahonde la peligrosa brecha entre ciudadanía y sistema de representación política. Se trata de un enorme reto para nuestra débil democracia.

El autor es investigador de El Colegio de la Frontera Norte.